IGNACIO MARTIN-BARO

PSICOLOGIA DEL CAMPESINO SALVADOREÑO

I. INTRODUCCION.

Psicología y campesino son dos términos que, cada uno en su ámbito, poseen una resonancia especial, con no pocos tintes fulgurantes y casi mágicos. Si la psicología despierta actualmente unas esperanzas, las más de las veces desproporcionadas, respecto al campo de las relaciones humanas y de la comunicación, personal y grupal, el término campesino evoca inmediatamente la palestra en la que se juegan los destinos políticos de nuestros países latinoamericanos, mayoritariamente agrícolas. Juntar los dos términos es casi jugar con dinamita, algo así como intentar meterse en las entrañas de un gigante andino. En nuestro caso, un gigante que hunde sus raíces ancestrales en las culturas precolombinas, sólo mediocremente conocidas, alza hacia el futuro sus ramas desnudas, sin fruto, como instrumental en potencia para la inmensa hoguera de nuestras sociedades consumistas.

Introducirse en el mundo del campesino, de nuestro campesino, es levantar el telón de un drama no por desconocido menos real, ni por negado menos doloroso, ni por contemporáneo menos salvaje. Un drama no ficticio, sino vivido silenciosamente por millones de hombres. Como Moisés debemos quitarnos nuestras sandalias, no sólo porque esta tierra es "sagrada" y hay que penetrar en ella con inmenso respeto, sino también para sentir un poco en carne propia lo árido y duro que es el campo para quien nunca puede cubrir sus pies con un par de zapatos.

Nuestra tarea aquí no va a consistir tanto en ofrecer respuestas cuanto en formular interrogantes. Sólo un preguntar sincero puede abrirnos las puertas para un diálogo fructífero con el campesino, diálogo necesario si queremos llegar a forjar algún día un destino nacional, que refleje las justas aspiraciones y pueda unir a todos los hombres de nuestro pueblo. Es mucho lo que tenemos que preguntarnos en el ámbito de lo psicológico, ya que nuestra ignorancia es si cabe mayor aquí que en otros terrenos, puesto que el psicólogo se mueve en los goznes de objetividad y subjetividad. No bastan, por consiguiente, los datos; hay que buscar las vivencias, siempre escurridizas.

Se suele definir la **psicología** como la ciencia de la conducta humana y animal, lo que puede ser una definición muy vaga —por genérica— o muy ambiciosa por comprehensiva. Paradójicamente, esta definición suele ser entendida de una manera bastante limitada, como una simple reacción muscular o glandular de un organismo o como toda reacción observable y mensurable. Esta comprensión restringida se debe fundamentalmente a la línea más ortodoxa de la escuela conductista. Sin embargo, no tenemos por qué limitar de tal modo la comprensión de la conducta, lo que no quiere decir que tengamos que dejarle un campo excesivamente amplio.

Por **conducta** vamos a entender aquella interacción continua entre un organismo y su medio, en la cual y por la cual se van modificando tanto

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

el organismo como el medio. Esta interacción implica necesariamente dos polos tensionales, mutuamente influyentes, en un equilibrio continuamente roto y, a diversos niveles, continuamente renovado. Este equilibrio constituye, por tanto, una estructura relativamente constante a través de las diversas transformaciones que se van produciendo. En este sentido, la conducta es una interacción concreta, una readaptación del organismo frente a su medio, lo que puede implicar tanto una modificación del organismo como del medio (de hecho implica los dos; el punto está en la dirección del influjo).

El campesino, como todo hombre, está en una continua interacción con su medio. En otras palabras, está en continua acción, en una ininterrumpida conducta —y, para el caso, tan conducta es estar en movimiento como estar en reposo, estar en vigilia, como estar durmiendo, trabajar, descansar, comer, hablar, reir, etc. Si como psicólogos pretendiéramos reunir todas las conductas que observa un campesino o que pueden osbervar los distintos campesinos, nuestra labor sería interminable y, a la postre, infructuosa, puesto que nada ni nadie podría garantizarnos que el catálogo realizado respecto a las conductas hasta entonces observadas pudiera extrapolarse hacia el futuro como catálogo de acciones esperables. Así, como cualquier otra ciencia, la psicología tiene que salvar el escollo de lo meramente individual para tratar de captar las constantes universales. Labor profundamente difícil, puesto que cada hombre es un sujeto diferente, el único animal que, en el momento menos pensado, puede decir "no" (Scheler). Tenemos que salvar el escollo de la conducta concreta para llegar a aquellas raíces que nos expliquen el porqué de las diferentes conductas. En otras palabras, lo importante no es captar una acción determinada cuanto el sentido de las diversas acciones y, por consiguiente, el porqué de esa o cualquier otra determinada acción; entender no tanto la modificación del presente, cuanto la estructura de modificaciones. Por consiguiente, lo que nos interesa no es tanto este o aquel intercambio en la relación entre el individuo y su medio, cuanto la estructura que posibilita y explica todos y cada uno de los cambios que en esa relación se pueden producir. En otras palabras, lo que nos interesa no son los actos o conductas del campesino, cuanto sus raíces estructurales: las actitudes.

Podemos definir una **actitud** como una predisposición de un individuo para actuar de una determinada manera ante un objeto. Conviene explicar un poco esta definición, que nos va a señalar el objetivo concreto de nuestra investigación y reflexión.

Ante todo, una actitud lo es de un sujeto ante un objeto concreto. En otras palabras, cada actitud señala una relación históricamente determinada entre un sujeto y una circunstancia de su mundo. Evidentemente, una actitud puede tener un grado mayor o menor de generalidad, según que el objeto ante el que se produce sea más o menos genérico, es decir, incluya una porción mayor o menor de realidad. Decir de un individuo que es un escéptico, que tiene una actitud de escepticismo, indica que el objeto de la actitud es mucho mayor que cuando se dice de una mujer que tiene una actitud maternal. En el primer caso, el escepticismo estará encaminado al medio ambiente, a las personas que le rodean, etc.; en el segundo, el objeto se limita a aquellas personas que mantienen o pueden mantener con dicha mujer una relación de filiación. El cínico ante unas personas puede volverse crédulo ante otras, lo que indica que la actitud no es un apriori universal, sino un calificativo de un sujeto respecto a un objeto determinado. No existen actitudes absolutas, sino siempre relativas: relativas a este o el otro objeto, a esta o aquella circunstancia, a este o aquel fenómeno o parcela de la realidad histórica.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

En segundo lugar, una actitud constituye una predisposición a actuar. Predisposición es algo previo a la actuación. Implica una dirección postural, un camino o flecha para enrumbar de una manera u otra a la acción. El sujeto enfrenta al objeto por una línea (afectiva y cognoscitiva), línea que marca el sendero de la actuación. Pero esto no significa que actitud no es lo mismo que acción. En un acto concreto se puede manifestar una actitud y, de hecho, una actitud sólo puede expresarse en y por los actos. Pero la actitud ni se acaba con un acto ni se identifica con él. Porque ningún acto agota las posibilidades de una actitud. En esto precisamente se diferencia una actitud de un hábito. Mientras el hábito se agota en un esquema fijo de comportamiento, que se repite una y otra vez, la actitud —una misma actitud— puede manifestarse en los actos más diversos. Actitud quiere decir predisposición a actuar de determinada manera, pero no a repetir el mismo acto. Lo que permanece constante en la actitud es la "manera", el "modo". Y, ¿qué es esta manera o modo que permanece constante? No el esquema motor; tampoco el esquema sensorial; ni siquiera el esquema afectivo. Ninguno de ellos en cuanto elementos que se repitan idénticamente, pero sí todos ellos en cuanto configuradores de una estructura determinada. Lo que permanece, pues, no son los elementos constitutivos de la acción; lo que permanece constante en la actitud es su sentido, su estructura de significación. A través de los actos más diversos, el sujeto expresa una valoración idéntica del objeto, establece con él una misma relación de sentido.

Una actitud maternal puede manifestarse en una caricia o en un castigo, en una sonrisa o en una reprimenda. Los actos son diferentes; pero en todos ellos se manifiesta el mismo sentido, se mantiene la misma estructura relacional de significación: la preocupación de la madre por el hijo, el amor formativo hacia él. De la misma manera, una actitud racista puede manifestarse en un caso como disimulo, en otro como obsequiosidad excesiva, en otro como ataque abierto, según sea la situación en que se concretiza la presencia del individuo o grupo de la raza infravalorada. El psicoanálisis nos ha enseñado a distinguir entre los contenidos manifiestos de un acto y sus contenidos latentes, lo que nos permite comprender mejor cómo una actitud puede a veces manifestarse en comportamientos aparentemente contrarios y hasta contradictorios, sin que por ello deje de ser una misma actitud. Porque lo que permanece es el sentido de fondo; la unidad se manifiesta sí en los actos, pero en cuanto expresiones concretas de una relación de sentido entre un sujeto y un objeto (madre-hijo, racista-raza, etc.).

Una actitud es por tanto una relación de sentido entre un sujeto y un objeto, que se expresa en comportamientos, diversos en su forma, de acuerdo con la circunstancia, pero idénticos en su significación. Precisamente la diferencia histórica exige conductas distintas a fin de mantener el mismo sentido estructural en la relación: una madre que premiara un mal comportamiento de su hijo no estaría observando una actitud de solicitud maternal. La actitud nos indica así cómo un determinado individuo afronta su mundo: cómo lo percibe, cómo le impacta, qué significa esto o aquello para él. Lo que la realidad, las diversas parcelas de realidad representan para un determinado sujeto, sólo podemos entenderlo cuando captamos la actitud, es decir, la significación que esa realidad tiene para ese sujeto, lo que ya no es un dato puramente objetivo (en cuanto externamente observable), aunque tampoco puramente subjetivo. Las conductas de un individuo sólo se comprenden cuando se las enmarca en un sistema de referencia, que no viene dado ni por el medio ambiente ni por el indi-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

viduo, sino por la unidad relacional de sujeto y objeto, es decir, por una estructura de significación, que implica un conocimiento, una valoración afectiva y una inclinación a actuar. La unidad de análisis no puede ser, pues, el simple proceder individual, por más expresivo o importante que nos parezca. La unidad de análisis tiene que ser precisamente esa estructura de relación sujeto-objeto, individuo-mundo. Nos interesan los comportamientos en cuanto representativos de esa relación de sentido, en cuanto expresión concreta de los lazos que unen al hombre con la realidad y, por supuesto, en cuanto posibilitadores de una permanencia o transformación de esas relaciones.

Si queremos conocer la psicología del campesino salvadoreño tendremos, por tanto, que transcender la facticidad de sus comportamientos concretos, para intentar percibir esas estructuras fundamentales que lo ligan con su mundo, estructuras de significación. No es la psicología del campesino, como no lo es la de ningún hombre, una serie de rasgos abstractos. Se trata, por el contrario, de unos esquemas actitudinales, unas predisposiciones ante los diversos objetos que constituyen la realidad del campo. Para entender la psicología del campesino salvadoreño tenemos que entender no sólo qué es el campo salvadoreño (datos y realidades objetivas), sino qué es y qué significa ese campo para ese campesino (distinto de lo puede ser o significar para nosotros). Son estas relaciones de sentido las que nos posibilitan la comprensión a fondo de los diversos comportamientos y las expectativas que podemos albergar respecto al quehacer futuro.

2. TIPOLOGIA DEL CAMPESINO SALVADOREÑO.

Si por **campesino** entendemos todo aquel **individuo que vive en y del campo,** es indudable que más del 50% de la población salvadoreña es campesina. Ahora bien, con esta definición estamos excluyendo a aquellos que viven **en** el campo pero no directamente **del** campo (población rural comerciante, burócrata, etc.), así como a aquellos otros que viven **del** campo pero no en el campo (hacendados, arrendadores, etc. que viven en los centros rubanos).

Esta definición del campesino es meramente operativa y no indica las peculiaridades del campesino salvadoreño frente a, por ejemplo, un campesino europeo, o uno norteamericano. La mayoría de los antropólogos subrayan el aspecto cultural, que desborda el aspecto económico, y el geográfico: los grupos campesinos constituyen una estructura social peculiar, marcadamente impotente y, por tanto, en depedencia de los grupos urbanos. Por otro lado, algunos autores añaden el sistema de producción para distinguir al campesino de nuestros pueblos —sociedades tradicionales, desde este punto de vista— del agricultor moderno de las sociedades altamente tecnificadas[1]. Estas características las vamos a encontrar en nuestro análisis más como punto de llegada que como punto de partida. En todo caso, nos permiten discernir mejor el sector humano al que nos referimos con el calificativo de campesino.

Una de los diferencias más esenciales en el campesinado la establece la tenencia de la tierra, que hace a unos propietarios y a otros proletarios rurales. Según datos de CONAPLAN, en El Salvador un 31% aproximadamente de la población campesina carece de tierras: 56.000 familias de colonos y 50.000 familias de jornaleros o peones. Junto a ellos, existen en

1. Ver. por ejemplo: Fromm, Erich y Maccoby, Michael: **Sociopsicoanálisis del campesino mexicano,** Fondo de Cultura Económica, México, 1973, págs. 16 ss.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

todo el país 227.200 propiedades, de muy diversa extensión y valor, de las cuales 207.200 (60% del campesinado) pueden ser consideradas como minifundios, ya que su extensión es inferior a las diez hectáreas (la mayoría, notablemente inferior)[2].

No vamos a considerar aquí el caso de los grandes ni de los medianos propietarios. En primer lugar, porque su número es muy reducido (existen, apenas, mil grandes propiedades y tres mil ochocientas medianas, siendo menor todavía el número de familias propietarias, ya que algunas propiedades pertenecen a las mismas familias). En segundo lugar, porque los más de ellos no son campesinos; viven del campo, pero no en el campo, y su cultura, sus gustos, sus intereses y sus vivencias están concentradas en la ciudad. En tercer lugar, porque, aun cuando vivan en el campo, su situación es tan radicalmente distinta a la de la gran mayoría de campesinos, sus posibilidades económicas, su "status" y sus "roles" son tan diferentes, que sólo elevándose a una abstracción irreal o malintencionada se puede englobar bajo el mismo calificativo realidades y personas tan diversas. Por todo ello, cuando hablamos del campesino salvadoreño no nos estamos refiriendo ni a los medianos ni a los grandes propietarios, aunque tengamos que tenerles muy presentes como punto de referencia, sobre todo en función de una posible Reforma Agraria.

Otro es el caso de los pequeños propietarios. Entedemos como tales a todos aquellos que poseen entre diez y cincuenta hectáreas de tierra. Según datos del mismo CONAPLAN, existen en El Salvador 15.200 propiedades cuyas dimensiones oscilan dentro de estos márgenes. Su situación es evidentemente privilegiada frente a los sin-tierra o a la de los minifundistas, aunque sean casi enanos frente a grandes y medianos propietarios. Hay un dato muy importante que hace del pequeño propietario un "propietario en pequeño", con todo lo que esto implica de diversidad perceptiva y consciencial: el nivel económico que posibilita su propiedad le abre las puertas a una serie de estructuras del sistema, principalmente los créditos de todo tipo, cerradas al minifundista o al sin-tierra, lo que modifica esencialmente, si no su posición social, sí su conciencia personal y social. El pequeño propietario llega incluso a dejarse de considerar a sí mismo como campesino, al menos en la medida en que eso supone una situación de identidad existencial con minifundistas, colonos y peones. No sólo eso: sus incipientes posibilidades económicas le permiten convertirse en "patrón" y marcar así una diferenciación esencial entre él (que tiene y puede) y aquellos a quienes él contrata (que ni tienen ni pueden). La situación fronteriza del pequeño propietario y su consiguiente ambivalencia psíquica nos llevan a excluirlo de nuestro estudio, aunque pensamos que no conviene perderlo de vista, puesto que sus actitudes pueden aclararnos mucho sobre la evolución histórica de ciertos rasgos psicológicos cuando cambia, así sea en un grado relativamente pequeño, la relación del campesino con su mundo ambiente.

Nos quedan, pues, tres tipos humanos fundamentales que componen la gran masa de la población campesina salvadoreña: el jornalero o peón, el colono y el minifundista. Examinemos brevemente algunos datos de su situación[3].

2. Todos los datos estadísticos están tomados del **Plan de desarrollo económico y social 1973-1977**, editado por el Consejo Nacional de Planificación y Coordinación Económica (CONAPLAN), San Salvador.

3. Lo fundamental de las siguientes descripciones, así como otras muchas observaciones a lo largo de estas páginas, se lo debo a la experiencia y amable cooperación del P. **Fabián Amaya**.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

a) **Jornalero o peón.** Es un asalariado del campo, es decir, un hombre que vive de lo que paguen por su trabajo (trabajo no especializado). Por tanto, depende de un salario, sea éste el salario mínimo marcado por la ley, sea el salario arbitrariamente establecido por el patrono que lo alquila. Aunque tiene un lugar al que considera, si no como hogar, sí como punto de referencia (por lo general, allá donde vive la madre y quizás otros parientes cercanos; otras veces, menos, allá donde reside su compañera de vida y sus hijos), el modo de vida del peón tiende a ser nómada. Nada sino el trabajo y la paga lo retienen especialmente en un lugar. No tiene, por tanto, raigambre en la tierra; sus uniones familiares son las más de las veces efímeras, tan largas como su ocupación en una determinada hacienda, en un determinado trabajo. Su carencia radical de recursos, así como su falta de preparación cultural y laboral, le convierten en sujeto de fácil manipulación (ya que se puede comerciar con sus necesidades fundamentales), pero su ausencia de raíces le deja un residuo de autonomía, que —por desgracia— sólo suele fructificar en el mecanismo de la evasión territorial.

b) **Colono.** Es el hombre que vive de prestado. Según sea el patrón, se encontrará sometido a una situación de explotación paternalista o de explotación despótica y no pocas veces ambas condiciones van juntas. A la sombra protectora del patrón, el colono consigue trabajo, techo y a veces hasta un pedacito de tierra para su milpa, pero toda su vida —y hasta la de su familia— depende de las necesidades y exigencias de la hacienda, cuando no de los caprichos del patrón o de sus familiares. Si el patrón es "bueno", el colono podrá disfrutar de escuela para sus hijos, iglesia y hasta clínica asistencial. Sin embargo, la bondad del patrón suele ser equivalente al cuidado interesado por las cosas de su propiedad, y el colono, de una u otra forma, es una de esas "cosas". Así, el colono no puede abandonar la finca o hacienda para ir a trabajar en otra parte donde la paga sea mejor; hacer esto equivale por lo general a quedarse sin ocupación permanente, cuando no sin hogar. En cuanto radicalmente dependiente, su existencia es sumamente insegura; su tiempo es del patrón, que lo empleará como desee; sus energías son para el patrón, que las usará para sus propios fines; su propia familia es del patrón, que en no pocas ocasiones la requiere incondicionalmente para su servicio y hasta para su diversión. En resumen, el colono vive "gracias" al patrón —"gracia" no gratuita, por supuesto, pero sí arbitraria.

c) **Minifundista.** El minifundista tiene raíces en la tierra; no unas raíces grandes, puesto que su tierra es pequeña, a veces pequeñísima. Pero, a fin de cuentas, unas raíces autónomas y no directamente enajenadas como las del colono. El sentirse propietario proporciona al minifundista un cierto grado de seguridad, lo que le permite comenzar a valorar su vida y su ámbito vital. Por eso se apega profundamente a la propiedad privada. Temporalmente, contrata mozos, alquila herramientas y, a veces, hasta otras tierras .Todo ello le permite entrar, así sea incipientemente, en el área de los intercambios comerciales. Cuando su propiedad es demasiado pequeña, para subsistir tiene que emplearse como peón en haciendas o fincas grandes y, por lo general, participa en alguna temporada (corta de café, caña, etc.). Ahora bien, como su vida no depende totalmente de este trabajo, para él temporal, su labor como jornalero tiene un sentido notablemente distinto al que tiene para los que carecen de tierras y son simples peones.

Hasta aquí la descripción somera de estos tipos de campesinos salvadoreños. Insistamos en que somos conscientes de que estos tres tipos

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

no agotan la tipología campesina de El Salvador, pero sí representan a la gran mayoría y, ciertamente, muestran de una manera clara las características esenciales que definen su situación.

Una última observación muy importante. Hemos considerado campesino a toda persona que vive en y del campo, fuera hombre o mujer. Al hablar del peón, del colono o del minifundista, es evidente que hemos tomado como sujeto de referencia al hombre, puesto que él es quien más generalmente asume estas tareas como jefe de familia o como soltero. La situación de la mujer es algo peculiar: por lo general, las labores del hogar y el cuidado de los hijos la obligan a echar raíces más estables en un lugar. Esto conlleva en no pocos casos la rotación de hombres que la acompañan, en grupos cuasi-familiares de corta duración. Sin embargo, la mujer interviene también como jornalera, principalmente en las cortas, así como acompaña al colono y como él entrega su vida al patrón o labora su minifundio, según los casos. Aunque la mujer campesina salvadoreña presenta una serie de variables psicológicas peculiares, que bien merecen un estudio más profundo, en este trabajo la vamos a incluir junto al hombre, sin mayor diferenciación. Esto no quiere decir que la estemos atribuyendo una estructura psicológica idéntica a la del hombre, pero sí una estructura correspondiente a la de él y, por tanto, unos esquemas actitudinales similares.

3. ACTITUDES BASICAS DEL CAMPESINO SALVADOREÑO.

Nuestro esfuerzo va a consistir en tratar de encontrar aquellas características fundamentales que definen el mundo del campesino salvadoreño para, a partir de ellas, analizar la estructuración significativa con ese mundo que al campesino se le abre como posibilidad, es decir, la relación de sentido —que es predisposición— con que el campesino puede ligarse a ese mundo. Evidentemente, tenemos que acudir a un cierto nivel de generalización a fin de subrayar aquellos rasgos estructurales idénticos para todo campesino, sea peón, colono o minifundista. Por tanto, trataremos de encontrar los sentidos básicos de la relación del campesino salvadoreño con su mundo, es decir, su sistema de actitudes más fundamentales, dejando de lado no pocos matices individuales.

El mundo del campesino salvadoreño puede definirse con tres características básicas: es desacogedor, cerrado y opresor. Frente a estas tres características, los sentidos básicos de la relación que liga al campesino con ese mundo, es decir, sus actitudes más profundas son la autodevaluación, el fatalismo y el individualismo. Veámoslo un poco en detalle.

3.1. Desacogimiento - autodevaluación.

La primera característica del mundo del campesino es su inhospitalidad. Inhóspito es aquel paraje o lugar que no ofrece seguridad ni abrigo. Por muchas razones, así es el mundo para el campesino salvadoreño.

Una primera razón de la inhospitalidad la constituye la **densidad demográfica.** Este es un tema tan de actualidad y tan de sobra conocido, que no hace falta insistir en él. Sin embargo, sí conviene señalar cómo la densidad demográfica produce un estado de saturación que rechaza la incorporación de cualquier nuevo miembro. Como he indicado en otro lugar, el espacio vital salvadoreño está ya más que saturado, y la cifra de 170 habitantes por kilómetro cuadrado desborda con mucho las actuales posi-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

bilidades socio-económicas de nuestro pequeño país[4]. Cada individuo que nace constituye un problema más, puesto que exige repartir en más porciones el insuficiente producto nacional, con el agravante de que estamos ya muy por debajo del umbral mínimo de satisfacción de las necesidades biológicas elementales. Quitar de lo necesario es muy distinto a quitar de lo excedentario, y constituye algo así como la aceleración de un ahogo homicida. Por tanto, la densidad demográfica hace del mundo salvadoreño un mundo para el que todo nuevo integrante es una amenaza criminal —así sea un crimen generalizado, lento e indirecto. En este mundo, no hay sitio para el campesino salvadoreño.

En segundo lugar, la actual **tasa de desempleo** en nuestro país es de tal magnitud, que toda aparición de nueva mano de obra que pretenda incorporarse al mercado de la oferta laboral no hace sino ahondar la depresión en que éste se encuentra. Si al desempleo abierto se suma la tasa de subempleo y el desempleo invisible, se llega a la conclusión de que el mundo campesino no ofrece trabajo —ni siquiera esperanzas de llegarlo a ofrecer algún día— a ningún nuevo miembro potencial de la población rural. Ahora bien, un mundo que niega el trabajo es un mundo que niega las posibilidades de realización más fundamentales que necesita cualquier ser humano. Porque el hombre adulto logra y mantiene su identificación con la sociedad mediante el trabajo. Trabajando realiza una función en y para la comunidad, desarrolla sus potencialidades y obtiene además aquellos beneficios necesarios para satisfacer sus necesidades y las de aquellos que de él dependen. Por el trabajo logra el hombre seguridad y reconocomiento, identidad y pertenencia, plenitud y satisfacción. Negar, pues, a alguien ocupación y trabajo es negarle los requisitos más elementales para su vida personal y comunitaria. Difícilmente podrá sentirse acogido por una sociedad aquél a quien se le niega una función útil en ella.

Finalmente, y a modo de causal sintética, el mundo campesino es un mundo abismalmente pobre. Un mundo que carece, si no de todo, sí de casi todo: espacio, alimentación, techo, trabajo, estabilidad, seguridad... Un mundo pobre ¿qué hospitalidad objetiva puede ofrecer? El intruso que exige compartir aquello que no basta ni de lejos para la población ya existente, ¿cómo va a ser bien acogido? ¿Cómo va a ser considerada como "una bendición de Dios" la llegada de quien viene a agudizar la penuria, a acrecentar el desangramiento, a incrementar la anemia existencial? Todo ello hace que el mundo salvadoreño sea para todo niño campesino un mundo desacogedor, inhóspito, hostil. Nadie puede ser objetivamente bienvenido a este mundo (no me refiero a la subjetividad de cada familia o de cada madre, lo que constituye otro problema), y no puede serlo porque su sola presencia constituye una amenaza, un peligro, un atentado. Una nueva vida es menos vida para todos: menos espacio vital, menos trabajo, menos alimentación... menos todo.

Un mundo desacogedor, un mundo inhóspito produce en el individuo una **actitud de autodevaluación.** Cada individuo se hace frente a un mundo. Ahora bien, ante una realidad tan unánime y abrumadoramente desacogedora, rechazante, el individuo no puede sino adquirir una imagen miserable de sí mismo: él no sólo no es valioso para este mundo —el único que le es dado y al que ambivalentemente tiene que considerar como su mundo—, sino que es positivamente antivalioso para él. Como ésta es de hecho la única valoración que de sí mismo recibe, dolorosamente tiene que ir

4. Martín-Baró, Ignacio: **Algunas repercusiones psicosociales de la densidad demográfica en El Salvador**, ECA, 293-294, marzo-abril de 1973, págs. 123-132.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

haciéndose a la idea de que él es una realidad negativa, un estorbo vital para los demás, es decir, algo así como un delito o una peste social. Difícilmente podrá el amor y cariño individual de una madre compensar en el psiquismo del campesino el desamor y desabrimiento social de un mundo desacogedor. La visión que de sí mismo le queda al campesino es una visión empobrecida, una conciencia de in-significancia: insignificancia de su persona para los demás (yo social), insignificancia de su vida para sí mismo (yo personal). Si el campesino salvadoreño arriesga tan fácilmente su vida, si con tanta facilidad la expone en trabajos o en reyertas, es porque siente que su vida nada vale, que carece de importancia.

Hay una expresión popular muy extendida que expresa plásticamente esta actitud de autodevaluación, como relación de sentido en un mundo inhospitalario: **"Uno de pobre..."** Esta expresión, que aflora continuamente en la conversación con el campesino salvadoreño (también con los marginados urbanos), pone de manifiesto, ante todo, una personalidad impersonalizada —valga la paradoja. **Se** es un **uno**, no un yo: una individualidad, no una persona. Un individuo más y, ciertamente, un individuo de más. La imagen que de sí mismo denota esta expresión es una imagen despersonalizada. Más aún: una imagen enajenada. Porque ese uno es caracterizado por la pobreza, es decir, por la ausencia, la negación de lo necesario. Como que hay una personificación o, mejor, una individuación de la pobreza. Y eso **se** es: se es carencia, falta, deficiencia. La identificación lo es por enajenación, por un vaciamiento de aquello que puede constituir el sí mismo, por desentrañamiento. Se es a base de no ser. De ahí la impotencia más radical: "Uno de pobre no puede..." "¡Qué va a hacer uno de pobre!" "A uno de pobre no le queda más que..." Quien es pobreza, nada puede. Una sociedad de hombres que hallan su identificación en su ser enajenado en la pobreza, en la carencia, no puede ser sino una sociedad impotente y su cultura una cultura suprimida, una cultura ausente, una cultura del silencio.

Muchas de las características del campesino salvadoreño, muchos de sus comportamientos —tanto acciones como "omisiones", haceres como "no-haceres"— tienen su raíz significativa en esta imagen devaluada de sí mismos. Quizá uno de los rasgos más representativos, en este sentido, sea la **falta de ambición**, en cuanto lucha por una situación mejor. Es increíble la estrechez de miras, la cortedad de las demandas, la pequeñez de las expectativas que alberga la población campesina: en el fondo, "a uno de pobre le basta con cualquier cosita". No pocos promotores —sociales, políticos, religiosos— encuentran en esta falta de ambición una ducha fría a sus entusiasmos o proyectos. Ahora bien, es lógico que carezca de expectativas aquél a quien se bloqueó toda esperanza; que carezca de grandes ilusiones aquél a quien se impidió todo sueño; que carezca de planes aquél con quien nunca se quiso contar y a quien positivamente se quiso "descontar". Como ha mostrado Lewin, el nivel de aspiraciones depende históricamente del nivel de realización[5]. La consecución de las pequeñas metas que el individuo se vaya trazando a lo largo de su vida, le permite ir elevando el nivel de sus aspiraciones. El que aspira a ocho y lo consigue, es posible que la próxima vez aspire a nueve. Pero cuando a "uno" ni siquiera le es dado realizar los niveles más elementales de la supervivencia, evidentemente su nivel de aspiraciones se encontrará en el grado más bajo posible.

5. Lewin, Kurt: **Psychologie dynamique**, P.U.F., Paris, 1964, págs. 136-194.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

3.2. Cierre - fatalismo.

El mundo del campesino salvadoreño se caracteriza por una estructura cerrada, producida principalmente por dos factores: la estricta definición y asignación "apriórica" de los "status" y "roles" correspondientes a cada individuo y la rigidez histórica de estos esquemas, todo ello convenientemente justificado, tanto a nivel social —ideología— como a nivel individual —racionalización—.

Se entiende por **status** la posición o situación social que un determinado individuo ocupa en un sistema jerarquizado. Por **rol** se entiende "un modelo organizado de conducta, relativo a una cierta posición en la sociedad o en un grupo, y correlativo a lo que esperan los demás o el grupo"[6]. El campesino, ya desde el nacimiento, se encuentra con que se le asigna un status, el ínfimo en la escala jerárquica de nuestra sociedad. La rigidez de esta estructuración grupal se pone de manifiesto si se observa la permanencia mayoritaria en el mismo estrato de las diversas generaciones campesinas— el hijo seguirá ocupando la misma posición social que el padre, tendrá que mantener su misma lucha por la supervivencia. Nadie espera que un campesino pueda, con el fruto de su trabajo, ir ascendiendo en la escala social. Estadísticamente se puede afirmar casi con total certeza que morirá en el mismo status en que nació. Porque en una sociedad como la nuestra, en la que el status depende básicamente del dinero, el campesino carece de oportunidades reales para romper el esquema de su posición social. Con esto no estamos afirmando que el status se reduzca a una posición económica. Pero sin cambio económico no hay posibilidad de iniciar un cambio de status. En última instancia, el status implica una visión de la sociedad como sistema jerárquico, y es de hecho el poder económico el que determina en lo fundamental los escalones (la infraectructura) de la jerarquización.

Por otro lado, los roles socialmente asignados al campesino, es decir, aquellos comportamientos que se esperan de él, no son muy diferentes (al menos en su significación y, las más de las veces, incluso hasta en la forma) de aquellos que se esperaban del campesino hace veinte, cuarenta, cien o doscientos años. Se espera que cumpla su labor y la cumpla en silencio; se espera que suministre la mano de obra necesaria para las mil pequeñas labores que exigen los diversos cultivos agrícolas —desde el desmonte y la siembra hasta la corta—, que aguante y sea sumiso, siempre dispuesto a realizar la tarea que se le exija, que se conforme con vivir en un rancho, que sea capaz de mantenerse con unas tortillas y unos frijoles de alimentación... Una de las preguntas más interesantes que cabe formularse respecto a la psicología del campesino concierne a los roles que como trabajador y como persona le atribuyen aquellos de quienes, directa o indirectamente, depende: el patrón, las autoridades civiles, militares (comandantes cantonales) y religiosas (el cura), campesinos de otros grupos, etc. ¿En qué medida corresponden estos roles asignados a los roles realizados? ¿En qué medida esta correspondencia es causal, es decir, la realización de determinado rol es causada por la expectativa de los demás, sobre todo de los poderosos? Nos atrevemos a aventurar la hipótesis de que, dado el grado de dependencia extrema en que se encuentra el campesino salvadoreño respecto a los determinantes más fundamentales de su existencia, su vida no ha de ser muy diferente a la que estereotipada e interesadamente se le atribuye. Pero cabe también suponer como hipótesis complementaria que su vida más

6. Piéron, Henri: **Lexicón de psicología**, Ed. Kapelusz, Buenos Aires, 1972, pág. 377.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

profunda ha de albergar, reprimidas en su inconsciente, semillas y potencialidades totalmente ignotas para la conciencia obligadamente "oficial".

Cuando se observa con ojos interrogantes la situación y el papel desempeñado por el campesino en la actualidad, no puede menos de llegarse a la conclusión de que la estructuración social, hoy como ayer, se apoya en él, forzándole a estar en la parte inferior de la escala jerárquica. La dualidad de nuestra sociedad no es mutua independencia, sino desangramiento de una parte en beneficio de la otra. Existe una amplia "mitología" encargada de justificar este orden (en realidad, desorden por más institucionalizado que esté), tanto a nivel social como a nivel individual. Entendemos aquí por **mitología** aquella serie de ideas que, en respuesta a una determinada situación socio-económica, justifican como coherente y lógica esa situación, so capa de principios humanitarios, filosóficos, políticos o religiosos. La mitología constituye, a nivel grupal, una ideología en el sentido marxista del término; a nivel individual, se trata de racionalizaciones (justificación consciente de un acto, cuya motivación verdadera, de orden inconsciente, sería inaceptable socialmente). En la medida en que el campesino hace suyas estas mitologías, bloquean su conciencia y le imponen unos esquemas perceptivos consagradores de la realidad establecida. Mitologías sobre la democracia, sobre la superioridad intelectual e incluso racial (la piel blanca), sobre la organización económica, sobre la "caridad", sobre el orden cristiano, etc.

Frente a este mundo rígido, cerrado y mítico, el campesino salvadoreño desarrolla una actitud de fatalismo. Consiste el **fatalismo** en una actitud de aceptación pasiva de un presente y un futuro en los que todo está ya predeterminado y que, por tanto, exigen también un determinado tipo de comportamiento, sin que nada ni nadie pueda alterar los sucesos "prescritos". El fatalismo sólo cabe en una conciencia elaborada con determinantes de un mundo intencionadamente cerrado e inmodificable. Podemos caracterizar el fatalismo con tres rasgos psicológicos: una estructura de pensamiento infantil-mágica; una conciencia estática, no histórica; y, finalmente, un comportamiento conformista. Examinemos, brevemente, estos tres aspectos.

En primer lugar, un tipo de **pensamiento infantil-mágico.** Podemos caracterizar esta forma de inteligencia por unos esquemas perceptivos demasiado centrados en la individualidad de los fenómenos, impotente para descentrarse de los aspectos inmediatamente presentes al sujeto y, por tanto, incapaz de captar las totalidades. Cada objeto o cada situación es conocido en su apariencia y, por consiguiente, definido por su función actual. En este sentido, como que hasta los objetos tienen "vida", puesto que desempeñan también papeles en el mundo finalista que caracteriza esta forma de pensamiento —el amate es "para dar sombra", la luna "para alumbrar las noches", la lluvia "para regar la milpa", etc. El pensamiento del campesino es necesariamente presentista, sin que sus esquemas logren desbordar suficientemente la actualidad espacio-temporal. Con ello, no les es posible captar el contexto de los hechos, que es precisamente lo que permite evaluarlos y conocerlos adecuadamente. Este presentismo va unido a un cierto ordenamiento de los sucesos (todo está previsto, todo regulado), ordenamiento que favorece los esquemas infantiles del campesino. Gran parte de los comportamientos o creencias mágicas no se explican sino por estos esquemas, que ligan causalmente entre sí hechos, realidades o fenómenos, cuya única relación real consiste en una proximidad espacial o temporal; así, la casualidad puede convertirse en causalidad. El pensamiento infantil (infantilizado) es psicodinámicamente suficiente cuando el

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

mundo en el que el individuo ha de moverse es un mundo fijo, estable, en el querara vez se producen acontecimientos que turben el ritmo "natural" de la vida. Y así es el mundo del campesino salvadoreño... porque así se le obliga históricamente a ser.

En segundo lugar, el fatalismo implica una **conciencia estática,** no histórica. Ya hemos señalado cómo el pensamiento se centra en las realidades presentes. Cuando esas realidades presentes se repiten invariablemente, cuando "nada cambia", todo empieza a ser considerado como parte de una estructura perfectamente organizada, pieza de un inmenso todo ordenado de antemano por Dios, el hado o un destino todopoderoso. Ahora bien, cuando las cosas se aceptan como estáticas, su ubicación no requiere más razón de ser que un "porque sí" asertivo ("siempre fue así") del que no cabe dudar. Respecto a la conciencia que el campesino tiene de sí mismo, esto implica una cosificación pasiva, es decir, el experimentarse como un objeto de un devenir impuesto desde arriba, y no como sujeto capaz de dirigir y modificar cuando menos la propia historia personal. El campesino no tiene conciencia de su situación, no capta las conexiones que ligan su estado con el del patrón, con el de los hombres de la ciudad, con el de sus mismos vecinos o compañeros de trabajo y, mucho menos, con el de hombres de otros países. Diríamos que el campesino se siente uncido al yugo del destino, un destino que le habla a través de un mundo ya acabado, en el que a él le ha correspondido una mala parte.

Finalmente, el fatalismo comporta una patrón de **conducta conformista.** En otra parte he caracterizado la estructura actitudinal del conformista con cuatro notas: la inseguridad, la receptividad, la pasividad reactiva y la dependencia existencial[7]. De hecho, el campesino manifiesta un comportamiento dócil a las imposiciones externas del poder, acomodando su vida a un nivel mínimo de derechos y casi máximo de deberes. La docilidad implica, evidentemente, un esfuerzo por la supervivencia, puesto que la historia de nuestro campo ha sido hasta hoy sumamente explícita acerca de la suerte reservada al rebelde de cualquier tipo. Ahora bien, esta docilidad impotente es el semillero más propicio para la violencia[8]. La pasividad campesina, su lentitud temporal, su aceptación fatalista de las condiciones más adversas que puedan sobrevenir, permite a la actual estructura de poder mantener su jerarquización, pero, al mismo tiempo, bloquea desde la base un potencial energético de transformación inapreciable, ya que el conformismo del campesino eterniza el presente (ya en sí una perpetuación del pasado). Y esto puede abocarnos aceleradamente a la aniquilación como pueblo.

3.3. Opresión - individualismo.

El mundo del campesino es un mundo opresor. Un mundo en el que impera la fuerza. La primera característica opresora respecto al campesino es la **estructura de explotación.** El campesino se encuentra desde niño con un mundo implacable que le reclama un continuo esfuerzo sin ofrecerle a cambio más que unas migajas de beneficio, las suficientes —no más y no siempre— para sobrevivir. Ponemos esfuerzo y no trabajo, pues éste, como ya hemos visto, le es frecuentemente negado y hasta para conseguirlo ha de realizar grandes esfuerzos. La estructura de explotación implica que,

7. Martín-Baró, Ignacio: **Psicodiagnóstico de América Latina,** Universidad José Simeón Cañas, San Salvador, 1972, págs. 160-166.

8. Ver May, Rollo, **Power and Innocence. A Search for the Sources of Violence.** Norton & Co., New York, 1972

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

haga lo que haga, el campesino no ha de ver mejorada su situación, ni va a poder disfrutar de una respuesta adecuada al esfuerzo invertido.

En segundo lugar, el mundo del campesino es un mundo **dependiente.** Dependiente respecto a la ciudad, de donde viene todo tipo de determinacaciones: culturales, económicas, religiosas, políticas, sociales... El mundo del campesino no es un mundo autónomo. Si sus productos necesitan un mercado, y este mercado lo constituyen los centros urbanos, que son los que determinan precios y beneficios (dependencia económica), es así mismo la ciudad la que le va a imponer unos valores culturales, a través, no sólo de la escuela, sino de los diversos medios de comunicación, principalmente la radio, unos ordenamientos políticos, —leyes, estructuras de gobierno, partidos, programas de organización comunal y laboral, etc.—, unos imperativos religiosos y morales, etc. Por todo ello, el campesino se encuentra afrontado a un mundo dependiente, un mundo cuyos resortes se encuentran fuera de él, cuyo destino es determinado por gentes extrañas, cuya configuración es ordenada por intereses ajenos. De ahí que el mundo al que se encuentra abocado es un mundo que se le escapa, un mundo al que no puede modelar con sus manos, un mundo que no le pertenece, puesto que sus resortes se encuentran en poder de gente extraña. La consecuencia más profunda es que, para vivir en ese mundo, el campesino tiene que en-ajenarse, hacerse parte de esa entidad ajena.

Finalmente, el mundo del campesino es un mundo cuyos **modelos de identificación** son no sólo extraños a su ámbito, no sólo impuestos desde fuera, sino que predican el dominio, el avasallamiento, la opresión. Modelo de identificación es el triunfador, el macho, el rico. Modelo de identificación es el patrón "chelito", el terrateniente rico, el citadino consumista. ¿Qué posibilidades ofrecen estos modelos al campesino? ¿Qué esperanzas para él o para la comunidad rural?

En resumen, el mundo que enfrenta el campesino es un mundo opresor, no sólo por su explotación y apropiación del esfuerzo y del fruto de su esfuerzo, sino más que nada por su dominación en todos los sectores de la existencia, conscientes e inconscientes, a través de la imposición de valores culturales, religiosos y, en definitiva, a través de la imposición de los canales de desarrollo existencial, es decir, de los modelos de identificación.

Frente a este mundo opresor el campesino no tiene más camino que el de una **actitud individualista.** Un individualismo que se va a manifestar de muchas maneras y en los aspectos más diversos de la existencia. Frente a un mundo explotador, el campesino va a protegerse con una perpetua **desconfianza.** Desconfianza de todos y de todo. El campesino desconfía de los demás, sobre todo de los grupos. Los demás son para él posibles focos de explotación, de los que conviene precaverse. El campesino es las más de las veces reacio a todo tipo de incitación y escéptico a las palabras y promesas. Una historia de opresión acumulada le ha enseñado que de este mundo no cabe esperar nada; que nadie da nada por nada. Su desconfianza se extiende también a las cosas, al menos a aquellas que se salen del ámbito de su cotidianeidad. Desconfía poderosamente de todo lo que sean papeles, contratos escritos, etc. Su conciencia está de antemano tratando de rehuir el posible engaño. El campesino recela toda novedad, en la que teme una nueva fuente de dolor.

En segundo lugar, su individualismo va a manifestarse en una parcelación de su vida, carente en apariencia de unidad. Se diría que el campesino, sobre todo el que no posee tierra, carece de proyecto existencial,

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

como si toda su vida se fuera consumiendo en haceres accidentales, sin que hubiera un camino definido que marcara el quehacer central de su existencia. En el fondo, no es que el campesino carezca de proyecto existencial, sino que su proyecto es un proyecto forzosamente alienado, un proyecto de supervivencia defensiva, más que de desarrollo personal y crativo. En este sentido, los vaivenes circunstanciales van condicionando modificaciones en el hacer del campesino, sin que haya un compromiso radical con ninguna de esas circunstancias. Por eso el comportamiento del campesino puede aparecer paradójicamente inconstante (a pesar de su reconocida paciencia y constancia laboral); y es que no puede menos de existir una continua incitación al escape frente a una realidad tan aplastante (sea el escape en el alcohol o en la huida territorial). El campesino salvadoreño no tiene unas raíces tan profundas en la tierra como las puede tener, por ejemplo, el campesino europeo. Y esto, sencillamente, como formación reactiva ante la historia de explotación y de expoliación que ha ido sufriendo a lo largo ya de muchos años. Hay que subrayar que la inconstancia escapista y el desenraizamiento del campesino salvadoreño no son actitudes genéricas, sino actitudes ante esta realidad concreta, ante este mundo explotador que históricamente se le ofrece. Sería un error deducir de aquí una pretendida incapacidad del campesino para comprometerse en alguna tarea y tratarlo como a un niño; precisamente esto es lo que en gran parte sucede en la actualidad. La verdad es que si el campesino está dispuesto a "arrastrarse" (a venderse interesadamente o a ceder a presiones), es precisamente porque no siente ningún compromiso con este mundo desacogedor; y como hoy se arrastra, mañana elude su pseudocompromiso. Pero esto no quita para que el campesino pueda comprometerse en una tarea, cuando ese compromiso respete su cuadro de referencia o cuando la realidad ante la que ha de comprometerse pueda ser percibida como una ralidad suya y para él.

Finalmente, el individualismo del campesino salvadoreño se va a manifestar en que, cuando se presente la oportunidad, va a caminar por una vía de **promoción competitiva y dominadora**, en seguimiento de los pasos que le marcan los modelos de identificación que cultural y educativamente se le han impuesto. El individuo va a considerar su promoción como asunto exclusivamente suyo, no como asunto comunitario; más aún, va a considerar que su "crecimiento" ha de irse realizando a costa de los demás. Freire ha hablado de la introyección de la imagen opresora en el psiquismo del oprimido, introyección que le ha de impulsar a devenir él mismo opresor tan pronto se le presente la oportunidad de crecimiento[9]. Es de sobra conocido cómo el campesino promocionado de acuerdo a los esquemas imperantes puede volverse el peor enemigo de sus propios hermanos y compañeros: "maestro" despótico, capataz tiránico, mandador voraz. El individuo va a considerar el ascenso como asunto exclusivamente suyo, asunto de poder frente a los demás: crecer es adquirir poder sobre los otros y manifestarlo. Por ello, frente a un mundo opresor el único camino de crecimiento que se ofrece al individuo es este camino individualista que acepta integrar nuevos brazos de la opresión, pero no ofrece posibilidades para un crecimiento comunitario.

4. RESORTES PSICOLOGICOS PARA UNA REFORMA AGRARIA EN EL SALVADOR.

Resumamos brevemente lo dicho hasta aquí. El psiquismo humano

9. Freire, Paulo: **Pedagogía del oprimido**, Tierra Nueva, Montevideo, 1970, págs. 62-63 y **passim**.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

se configura frente a y en diálogo con una realidad histórica. En este intercambio lo que importa no son tanto las acciones concretas, cuanto el sentido constante de esas acciones, es decir, la relación básica que liga positiva o negativamente al hombre con su mundo. Son por tanto las actitudes, en cuanto estructuras de significación hombre-mundo que señalan una predisposición para comportarse de determinadas maneras, las que nos van a permitir comprender no sólo los comportamientos en cuanto acciones manifiestas, sino el sentido de esos comportamientos, muchas veces paradójico, reprimido y hasta contradictorio. En las actitudes encontramos la unidad de significación que se expresa en comportamientos varios y distintos. Comprender, por tanto, el psiquismo de un individuo exige comprender la relación que le liga con su mundo y, por consiguiente, comprender qué es ese mundo para él.

En el caso del campesino salvadoreño, nos encontramos con un mundo inhóspito, cerrado y opresor, frente al cual el campesino va a desarrollar una imagen devaluada de sí mismo, un sentido fatalista de la historia y, principalmente, de su historia personal, así como un proyecto alienado e individualista. Estas tres actitudes básicas del campesino salvadoreño —autodevaluación, fatalismo e individualismo— forman entre sí un sistema de significación, moldeando un cuadro de referencia en el cual hay que ubicar todos sus comportamientos. Por supuesto, cada individuo estructurará estos esquemas actitudinales de maneras y con perfiles propios; pero la configuración básica, la estructura caracterial, está radicalmente determinada por estos condicionantes históricos, por estas coordinadas de la realidad ambiental en las que se tiene que mover el campesino salvadoreño.

¿Cómo procederá este campesino ante un proyecto nacional de Reforma Agraria? ¿Favorece su psiquismo actual, su estructura actitudinal este tipo de proyectos o, por el contrario, cualquier intento de Reforma Agraria va a encontrar en él más que una ayuda un obstáculo? ¿Cuáles son los rasgos que conviene que el campesino modifique y cuáles que fortalezca para el adecuado desarrollo de una Reforma Agraria? Estas son algunas de las preguntas que cabe formularse al final de estas reflexiones.

Hay un principio que se nos impone en cualquier caso: una Reforma Agraria que se quiera eficaz tendrá que proceder no sólo en la línea de la tenencia de la tierra, la cooperativización de las explotaciones, la racionalización del mercadeo, etc. sino también y de una manera muy primordial propiciando la expansión y el crecimiento personal y comunitario del campesino. Ahora bien, esta expansión y crecimiento exigen dialécticamente la transformación de la realidad ante la que se configura el sistema de actitudes. Es ingenuo pensar que un simple proceso educativo va a lograr cambiar el psiquismo del campesino dejando intacto su mundo histórico. Si el campesino tiene actitudes "conservadoras" es porque su mundo está estancado. Luego así como hoy la cultura y la organización socio-económica imperantes mantienen al campesino en una opresión estática, si se quiere una verdadera transformación de nuestra realidad campesina —personal y comunitaria— tendrá que promoverse simultáneamente una Reforma Agraria y una Reforma Educativa. En otras palabras, la dialecticidad de las estructuras psicosociales exige que para cambiar las personas (su psiquismo) cambie la realidad ambiental, y para cambiar la estructura agraria cambien las personas. Pensar que se va a transformar el agro salvadoreño con un simple proceso de educación es incurrir en un psicologismo, que supravalora el papel de las personas en el proceso histórico; pero pensar que la simple transformación de las formas de tenencia y de

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

producción agrícola va a producir un cambio total, es incurrir en un sociologismo, infravalorando el influjo de los elementos personales en el devenir histórico.

Psicológicamente es necesario cambiar la estructura de significación que liga al campesino salvadoreño con su mundo. Pero esto no se logrará mientras la realidad no ofrezca nuevas posibilidades de sentido al campesino. Mientras el mundo no se vuelva más hospitalario, más abierto y menos opresor, el campesino no podrá afrontarlo sino con sumisión fatalista o con violencia destructiva. Romper esta dicotomía es labor simultánea de una Reforma Educativa y de una Reforma Agraria. La primera para despertar la creatividad, la segunda para posibilitar su existencia y encauzarla; la primera para despertar cultura, la segunda para recogerla; la primera para engendrar hombres, la segunda para desarrollarlos y plenificarlos.

Con vistas a una Reforma Agraria radical y eficaz, el psicólogo debe enfatizar tres aspectos que deben cambiar en la estructura psicológica del campesino salvadoreño: a) sus esquemas cognoscitivos y el nivel de su conciencia personal y social; b) los modelos de identificación, conscientes e inconscientes, con su correspondiente psicodinámica; c) las formas de acción y de organización comunitaria. Estos son, en nuestra opinión, los tres aspectos claves con respecto a los cuales hay que examinar el psiquismo del campesino salvadoreño para propiciar los cambios que son necesarios y fortalecer aquellos rasgos que favorecen un proceso de Reforma Agraria.

4.1. Conocimiento - conciencia.

La forma cognoscitiva del campesino es, como hemos visto, presentista, de percepción centralizada y, por tanto, impotente para alcanzar una comprensión del todo, es decir, de los contextos determinantes de los diversos sucesos históricos. Esta centralización o concreción cognoscitiva bloquea al campesino una conciencia sobre su situación, sobre las fuerzas que le mantienen en la opresión y, por tanto, puede bloquear los esfuerzos liberadores de una Reforma Agraria, al impedir la comprensión de su intención final.

Ni el colono ni el peón pueden permitirse tomar un cierto distanciamiento respecto a los condicionantes de su vida, puesto que la extensa necesidad de su supervivencia les obliga a depender y a encontrar su seguridad en la dependencia. La necesaria toma de conciencia que exige como requisito una Reforma Agraria supone abrir el abismo de la inseguridad a un nivel no simplemente psicológico, sino incluso corporal. Por otro lado, colono y peón se encuentran de tal manera sumergidos en el proceso de buscar respuesta a sus necesidades básicas de conservación, que sus esquemas cognoscitivos no pueden separarse de esta exigencia inmediata ni su conciencia traspasar la proximidad espacio-temporal (y un proyecto de Reforma Agraria exige cierta percepción de los objetivos a largo plazo). El mismo minifundista, quien disfruta de un mínimo de independencia a causa de su propiedad, no es capaz de percibir la limitación radical de esa su "independencia". Todo esto nos muestra la necesidad perentoria de la concientización.

Mucho se ha hablado sobre el proceso de **concientización.** Constituye, sin lugar a dudas, el primer momento dialéctico para la transformación del campo y del campesino salvadoreño, pues difícilmente cambiará quien ni siquiera cae en la cuenta de la necesidad del cambio. Sin embargo, con-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

viene insistir en que la concientización no es sino un momento, y un momento que se forja a través de un intercambio con la realidad. La concientización es un proceso de acción y reflexión, es decir, un proceso histórico en el que una comunidad humana se transforma a sí misma transformando su realidad ambiental. En este proceso hay un cambio del mundo circundante como referencia esencial para el cambio de las propias estructuras cognoscitivas y para la toma de conciencia. Esta concientización ha de ser fundamentalmente operante y, por tanto, cabe preguntarse en qué medida tiene que ser radicalmente política. ¿Acaso puede ser eficaz para la transformación de la realidad campesina salvadoreña una toma de conciencia que no culmine en la importancia última de la organización y dirección de la vida y destino de la comunidad nacional en su totalidad?

Por su grado de seguridad, es el minifundista el que más fácilmente puede llegar a adquirir conciencia de su situación; sin embargo, ese mismo grado de seguridad le hace incapaz de descubrir el común denominador de poder que le liga como oprimido al resto del campesinado. Por su parte, el máximo de inseguridad junto al máximo de dependencia impiden al colono tomar conciencia de su calidad de explotado. ¿Cómo va a percibir en el patrón la imagen más próxima del explotador, cuando tiene conciencia de los muchos "favores" que le debe, de su "generosidad" para con él y su familia, de su "bondad" al permitirle poner su ranchito en su propiedad y hasta haberle "regalado" un pedacito de tierra para su milpa? Quizá es el colono el estamento campesino más bloqueado para una toma de conciencia. Por el contrario, son los peones los que más fácilmente pueden acceder a la concientización. Su calidad de proletarios agrícolas, aunque les fuerza en muchos casos a aceptar cualquier cosa con tal de sobrevivir, les da ese mínimo de independencia necesaria para rebelarse contra su estado de opresión.

Una Reforma Agraria tiene que hacer posible un grado básico de seguridad vital a todos los campesinos, al menos ese grado que ya posee el minifundista. Pero la seguridad ofrecida no debe fundarse en la propiedad privada (lo que, entre otras cosas, resultaría improductivo y materialmente imposible), sino en una estructura comunitaria. Con ello, la seguridad no matará la semilla de libertad e independencia de las personas. Una labor educativa podrá entonces hacer posible una toma de conciencia sobre la necesidad del cambio y los caminos para lograrlo, así como la necesidad de sacrificar pequeñas reinvindicaciones individuales e inmediatas en bien de objetivos comunitarios y de largo alcance.

4.2. Modelos de identificación.

Los modelos de identificación imperantes en nuestra cultura actual son, psicodinámicamente hablando, los mejores obstáculos que se pueden poner a una Reforma Agraria. Su carácter individualista, competitivo, machista y "consumista" corta toda posibilidad a un proceso necesariamente comunitario, socializante, cooperativo y sacrificado. Donde el éxito individual es concebido como un "estar por encima" de los demás, el tener, el adquirir y el privatizar (mecanismos todos ellos de desintegración grupal) adquieren rango de objetivos primarios.

Uno de los problemas más importantes que la psicología debe enfrentar a fin de facilitar una Reforma Agraria es el de propiciar unos modelos de identificación nuevos. Modelos de identificación que han de imperar, ante todo, en los héroes ejemplares que se propongan en la educación cívica, religiosa y familiar; modelos conscientes e inconscientes que se

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

ofrezcan en los diversos tipos de publicidad comercial o política; modelos que, normativamente, se van a exigir en las diversas instituciones y organizaciones sociales, públicas y privadas.

Ahora bien, estos modelos no deben ser algo teórico, sacado del escritorio del pensador o de la mesa del planificador; son modelos que hay que rastrear en el pasado histórico de nuestro pueblo, así como en las posibilidades de nuestra comunidad humana frente al futuro. En este sentido, es de lamentar la estereotipación realmente anodina a que sometemos las figuras de los próceres nacionales, fuera de que difícilmente pueden ser considerados y sobre todo vividos como modelos quienes, históricamente, ni pertenecieron al pueblo ni estuvieron arraigados en él. Así, es posible que el indio Aquino arrastre muchas más potencialidades populares como modelo de identificación para el campesino salvadoreño que las que pueda despertar un Matías Delgado. En cualquier caso, un auténtico modelo de identificación popular requiere que como comunidad recuperemos nuestra "memoria" histórica a fin de rescatar para nuestro futuro aquellos personajes que, desde las peculiaridades populares, mejor encarnaron o mejor lucharon por los ideales de independencia, libertad, comunidad y justicia.

El proceso de transformación va a exigir mucho sacrificio. Ahora bien, es innegable la inmensa capacidad de sufrimiento que tiene el campesino salvadoreño, capacidad casi diariamente puesta a prueba. El punto está en enfocar esta capacidad hacia una dinámica interpersonal: convertir la sacrificialidad puramente receptiva (soportar pasivo) o trascendente (sufrir "para el cielo", concebido como compensación), en sacrificialidad comunitaria. Que la negación personal sea afirmación para la comunidad, el sacrificio individual ganancia para el grupo. Pero esto ya implica unos cauces, no meramente psicológicos —modelos de identificación—, sino de organización y acción social.

4.3. Organización y acción comunitaria.

Es un tópico insistir en el individualismo recalcitrante del campesino. Como hemos visto, en el caso del salvadoreño esta estructura no es algo "natural", sino sólo históricamente natural, es decir, causada por las características de su medio ambiente vital. Sin embargo, sea cual sea la causa de su individualismo, su existencia constituye una poderosa barrera contra cualquier tipo de Reforma Agraria auténtica, ya que imposibilita las formas necesarias de organización y acción grupal.

No se puede definir de antemano cuáles serán las mejores formas de organización —cooperativas, sindicatos, agrupaciones comunales, etc.— para la eficacia de una Reforma Agraria. Pero es innegable que debe existir esta organización que posibilite la realización de los objetivos comunes, que, de una manera mancomunada, explote racionalmente la tierra, agilice el mercadeo y reparta adecuadamente los beneficios obtenidos. Es necesaria la organización para aunar todos los esfuerzos en beneficio de la comunidad entera, para no desperdiciar ninguna energía, para conseguir aquel ahorro y capitalización económica necesaria para la modernización de la explotación agrícola. Es necesaria la organización del campesinado para impedir radicalmente cualquier paso atrás en el proceso histórico, para bloquear cualquier esfuerzo por renovar situaciones de opresión humana que vayan siendo superadas, para defender frente a intereses ajenos los intereses del campesino. Por éstas y otras muchas razones, la organización del campesino es necesaria.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

Ahora bien, ¿cómo hacer posible esta organización? ¿Cómo pasar de la atomización actual a una estructura flexible y ágil que integre y junte a todos los campesinos tras unos mismos objetivos populares? No hay respuestas prefabricadas, aunque sí se pueden señalar algunos requisitos que posibiliten cualquier organización auténtica. Uno de ellos es **posibilitar** a todos los niveles cierto grado de **responsabilidad social** y, por tanto, cierto **poder político** para tomar decisiones comunitarias. Es absurdo creer que va a ser posible la organización campesina mientras no se permita el acceso de la base a ciertos niveles de autodeterminación. Para que exista un grupo le tiene que ser posible ponerse ciertas metas asequibles, trazarse ciertos objetivos y tener la fuerza y los recursos para realizarlos. Por lo tanto, una Reforma Agraria exige como requisito la delegación de cierto grado de poder político a la base campesina.

Por otro lado, sean cuales sean las formas campesinas de organización, necesitan un **liderazgo** muy auténtico, muy salido desde la base. Difícilmente podrán ganar la confianza del campesino grupos o líderes extraños a su mundo, en quienes pueda recelar intereses ajenos. Y donde no haya confianza no habrá compromiso verdadero por parte del campesino. Además, el líder debe poder participar de las vivencias del campesinado, a fin de poder discernir y responder a aquellas exigencias inaplazables de los individuos, pero también encauzar hacia objetivos de largo alcance su potencial de sufrimiento, su constancia laboral y su fidelidad humana.

Hay en nuestro pasado histórico formas comunitarias de organización para la explotación de la tierra y la repartición de sus beneficios que pueden servirnos como modelos. Eso no quiere decir que deban repetirse de una manera acrítica; la historia ha evolucionado, como ha evolucionado la situación de nuestro país. Sin embargo, sí pueden esos formas servir de inspiración para ir creando modelos dinámicos de organización comunitaria, capaces de aunar los esfuerzos de todos. Aceptar unos objetivos comunes implica llegar a lo más profundo de la motivación de todos los individuos, y no tratar de imponer motivaciones ajenas. En este sentido, no son los individuos los que tienen que someterse a programas extraños, sino los programas los que tienen que brotar de las más auténticas necesidades populares.

5. A MODO DE CONCLUSION.

Son muchos los interrogantes que se nos abren cuando confrontamos la psicología del campesino salvadoreño con la eventualidad de una Reforma Agraria. A modo de guiones orientadores para una búsqueda y profundización, señalemos aquellos que se nos han ido presentando como los más importantes.

a. **Actitudes.** Esquema diferenciado en cada tipo de campesino: peón, colono, minifundista. ¿Cómo modificar ciertas actitudes perjudiciales para el desarrollo de una Reforma Agraria radical? ¿Cómo propiciar aquellas actitudes que pueden favorecerlo? ¿Qué aspectos de la realidad es perentorio transformar a fin de hacer posibles nuevos esquemas actitudinales del campesinado?

b. **Concientización.** Métodos para promover la concientización de los diversos grupos campesinos. ¿Qué acción sobre la realidad es necesaria —si es que lo es— para que sea posible la toma de conciencia de los diversos tipos de campesinos? ¿En qué medida y de qué manera una Reforma Educativa, a través de programas escolares u otros métodos no-escolares puede ser el vehículo de una concientización? ¿Cómo pueden contribuir los medios de comunicación social a propiciar esta concientización?

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

c. **Modelos de identificación.** Investigación histórica y proyectiva de aquellos sistemas de comportamiento que posibiliten un adecuado desarrollo del individuo como persona y de las comunidades. ¿Qué personajes históricos pueden ser propuestos como modelos populares? ¿Qué valores conviene promover a través de la propaganda, actos públicos, religiosos, etc.? ¿Qué tipo de publicidad es necesario, qué tipo de refuerzos (premios y castigos) para propiciar la introyección de estos valores y modelos de crecimiento humano?

d. **Organización y acción social.** Formas diferenciadas de organización y acción para los diversos tipos de campesinos y las diversas circunstancias. Tamaño de los grupos; formas de liderazgo (¿quién debe ser líder?; quién debe nombrarlo?; ¿qué tipo de liderazgo es más conveniente?); coordinación entre los diversos grupos; cómo plantearse los objetivos y cómo planificar y evaluar su realización (¿deben señalarse desde arriba o nacer de una discusión de las bases?; ¿cómo coordinar objetivos generales y específicos?; ¿cómo juntar las demandas de los grupos concretos con las exigencias de la nación en su totalidad?; etc.).

Cada uno de estos apartados exige una investigación y una reflexión muy seria y muy diferenciada sobre la realidad. Es la tarea que ahora nos toca realizar... sin olvidar que nosotros no somos campesinos, que hemos hollado tierra "sagrada" y que nuestra investigación tendrá valor sólo en la medida en que sepa formular la verdad actual del campesino salvadoreño y, sobre todo, en la medida en que sepa dar voz a la verdad de su futuro. Una verdad que debemos ir forjando todos unidos.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas